

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

PARABOLAS DEL TESORO, DE LA MARGARITA Y DE LA RED

Explicación. — Sólo Mt. tiene estas tres parábolas. Las dos primeras tienen por objeto poner de relieve el bien incomparable que es el reino de los cielos, para cuyo logro todo debe sacrificarse. La tercera, de la red, semejante a la de la cizaña, explica el porqué de la convivencia de buenos y malos en la Iglesia, y da idea de la universalidad de la misma.

EL TESORO ESCONDIDO (44). — Compárase el reino de los cielos a un tesoro, es decir, a un cúmulo, de valor inestimable, de oro o plata o de cualquier otro metal precioso: mayor que todo ello es el reino de los cielos, que es la posesión de la verdadera sabiduría, "mucho más preciosa que todas las riquezas" (Prov. 3, 15), porque es la posesión de Dios, en el tiempo y en la eternidad. En el campo del mundo está escondido este tesoro; a él lo trajo el Hijo de Dios, y unos no lo conocen, ni siquiera saben exista, y otros que lo saben, no hacen caso de él: Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo.

Puede este tesoro ser hallado como inopinadamente: tal le sucedió a Saulo, y les sucede a muchos conversos, y aun a muchos cristianos distraídos que, sin saber cómo, se dan cuenta de la riqueza del reino de Dios; y al hallarlo, para que no se les escape la oportunidad de adquirirlo, guardan y aprovechan con solicitud la gracia que se les ha hecho: Que cuando lo halla un hombre, lo esconde. Tanto es el gozo del tesoro hallado, que renuncia a todo y lo sacrifica todo para adquirirlo; bien vale la posesión de Dios y de su reino las mezquinas cosas de la tierra: Y por el gozo de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Así se hace dueño del tesoro, y no tiene que dividirlo con el propietario.

Nótese que para los fines de la parábola no se emite juicio sobre la legitimidad de la compra del campo en que positivamente se sabe hay un tesoro, ignorándolo el dueño. Tampoco en la parábola del mal administrador (Lc. 16, 8) se alaba todo cuanto hizo en la administración. Por lo demás, prescribía la ley en la Mischna que si alguien daba o recibía frutos y entre ellos había monedas, éstas pertenecían a quien recibía la mercancía.

EL NEGOCIANTE DE PERLAS (45.46). — Ya no se trata aquí del que inopinadamente halla un tesoro, sino de quien lo busca con diligencia, para significar que muchos se hacen con el reino de los cielos porque lo buscan con ardor: Asimismo es semejante el reino de los cielos a un hombre negociante, que busca buenas perlas. La mejor de todas es el reino de los cielos. Es lo único que puede llenar al hombre, porque es lo único para que ha sido criado. Quien llega a convencerse de ello da gustoso todo lo que tiene, porque poco es todo el mundo en comparación de este reino, y nada son las cosas efímeras de la vida si se comparan con las eternas: Y habiendo hallado una de gran precio, fue y vendió cuanto tenía, y la compró. En ambas

parábolas el reino de los cielos puede decirse de todo lo que contiene: Cristo, las Escrituras divinas, la gracia, la doctrina evangélica, etc.

LA RED DEL ARRASTRE (47-50). — No basta pertenecer al reino de los cielos, sino que es preciso ser buenos ciudadanos del mismo en el tiempo, para que no seamos excluidos de él en la eternidad. También es semejante el reino de los cielos a una red, echada al mar y que allega todo género de peces. Se trata de una de estas redes de arrastre que se echan en alta mar y luego se traen los cabos a la playa: tírase de los cabos, mientras la red se acerca a tierra barriendo los peces que halla por el camino, y recogiendo todos, buenos y malos de comer; empléase aún este procedimiento en el mar de Galilea:

Y cuando está lleno, la sacan a la orilla, y, sentados allí escogen los buenos, y los meten en vasijas, y echan fuera los malos.

Es una escena pintoresca que todos hemos contemplado. El mar es el mundo; la red, la Iglesia; los peces, los hombres, buenos y malos; la orilla es el fin del tiempo, las playas de la eternidad; los ángeles serán los ministros de Dios, que harán la selección de los hombres buenos y malos: Así será el final del mundo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, que serán llevados a los eternos tabernáculos. Los malos no sólo serán excluidos del reino de los cielos, sino arrojados al infierno: Y los arrojarán en el horno del fuego: allí será el llanto, y el crujir de dientes.

CONCLUSIÓN DE LAS PARÁBOLAS (51.52). Con la natural satisfacción del pedagogo que ve el aprovechamiento del discípulo, Jesús les pregunta a los suyos: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Y, con la gratitud natural de quienes han merecido se les revelaran los misterios del reino de Dios, ellos dijeron: Sí. Jesús repuso, indicándoles ya los futuros deberes de su ministerio: Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante a un padre de familias, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Como si dijera: Porque habéis sido constituidos doctores, por mí instruidos, en las cosas del reino de Dios, tenéis el deber de ser como el jefe de familia que tiene en su despensa guardados alimentos antiguos y nuevos y que los administra con oportunidad. Así debéis hacerlo con la abundancia de doctrina de toda suerte que habéis aprendido.

Lecciones morales.

A) v. 44. — Semejante es el reino de los cielos a un tesoro... — Este tesoro se halla gratuitamente, porque el Hijo de Dios lo trajo al mundo gratis y para todos, dice San Hilario. Pero su posesión no es gratuita, sino que debemos comprarlo, porque las celestiales riquezas no pueden obtenerse sin daño de las cosas temporales. Sacrifiquemos éstas para que podamos ser partícipes de la magnificencia de aquéllas.

B) v. 45. — Es semejante el reino de los cielos a un hombre negociante. — Dos cosas se exigen en la predicación del Evangelio: la

separación de los negocios de esta vida y la vigilancia. La verdad es una, y no dividida, y por esto se dice hallada "una" margarita. Y así como el que tiene una perla sabe que es rico, y los demás no lo saben, porque la pequeñez de la perla le consiente tenerla encerrada en la mano, así sucede en la predicación del Evangelio: los que creen, saben que son ricos; los infieles, que no conocen el valor de la perla, ignoran nuestras riquezas.

C) v. 47. — Es semejante el reino de los cielos a una red — Parábola terrible llama el Crisóstomo a la de la red, en la que se recogen toda suerte de peces. Porque cosa terrible es creer que andamos bien, porque pertenecemos al reino de los cielos en la tierra, que es la Santa Iglesia, y luego nos hallemos excluidos del definitivo reino de los cielos, que es la gloria. No basta pertenecer al cuerpo de la Iglesia; es preciso pertenecer al alma de la misma, lo que se logra por la gracia y la caridad.

D) v. 51.- ¿Habéis entendido todas estas cosas? — Jesús llama "escribas" a sus apóstoles, porque vienen a ser como "notarios del Salvador", dice San Jerónimo: los cuales rubricaban sus palabras y preceptos en las tablas de carne de sus corazones. Por ello han venido a ser los fundamentos de la Santa Iglesia, porque no sólo son los legítimos depositarios de la divina doctrina, sino los inmediatos testigos y como los públicos instrumentos que dan fe de la predicación del Señor. Por ello la Iglesia se llama con razón "apostólica".

(El Evangelio Explicado Vol. II Ed. Rafael Casulleras, Barcelona, 1949, Pág. 285 y ss)